

GABRIELA MARGALL

LA HIJA DEL
TIRANO

Un amor que resiste al tiempo




VERGARA

LA HIJA DEL TIRANO

La princesa de las Pampas N°2

A comienzos de 1852, cae finalmente el gobierno de Juan Manuel de Rosas. Mientras que el Tirano viaja al exilio, los expulsados del antiguo régimen regresan a Buenos Aires. Sin embargo, muy pronto, la esperanza de una patria pacificada, libre de violencias y venganzas, se dará de bruces contra la realidad: peleas, insurrecciones y luchas fratricidas parecen no tener fin. Los Evans transitan las calles porteñas. Como muchos, han esperado con ansias esta liberación. Pero este nuevo tiempo les traerá incertidumbres y dolores profundos. No solo se juega el destino de la Confederación: es la marea de la vida que viene a cobrarse viejas deudas, a agitar los días y las noches de los que fueron habitantes de 'La Inglesa' y hoy no terminan de adaptarse a los ritmos de la ciudad.

Los tiempos han cambiado, sí. ¿Pero fue para mejor? Magdalena Ortiz de Rozas, Pablo, Laureana y Valentina Evans, Marcos, Carmelo Villafañe resistieron a los embates del rosismo, y ahora tendrán

que hacerle frente al destino. A este puñado de entrañables criaturas se suma la figura del doctor Diego Varela, un exiliado en Montevideo, que reconstruirá de las ruinas su casa familiar y conocerá el amor como nunca antes.

En esta nueva partida, las cartas traerán tanta fortuna como desdicha a unos y a otros. El cofre de los secretos se abrirá para dar a conocer la otra historia de Magdalena, que es también capaz de construir sobre las ruinas de su propio corazón.

Autor: Gabriela Margall

ISBN: 9789501525823

GABRIELA MARGALL

LA HIJA DEL TIRANO

Un amor que resiste al tiempo

más libros en epubgratis.net

La hija del tirano

Gabriela Margall

1ra edición

© Gabriela Margall, 2013

Ediciones B Argentina S.A., 2013

para el sello Javier Vergara Editor

Av. Paseo Colón 221, piso 6 — Ciudad Autónoma

de Buenos Aires, Argentina

www.edicionesb.com.ar

ISBN: 978—950—15—2582—3

Impreso por Printing Books,

Mario Bravo 835, Avellaneda, en el mes de marzo de 2013.

A D. B.

*La razón de la inteligencia ha podido más que la
de los cuchillos, y hoy podemos decir con
Rousseau: "No es la fuerza la que gobierna al mundo
sino la idea..."*

Bartolomé Mitre, Los Debates,
primer número, marzo de 1852

1

Las cosas que perdimos

LA ciudad se abría paso entre la niebla y los mástiles de los veleros y barcos que poblaban el Río de la Plata. Rosas no había construido el puerto y no le sorprendía: Rosas no buscaba nada que fuera un avance para la ciudad, como si Buenos Aires debiera quedarse detenida en un presente inventado por él mismo. Quiso despejar con una mano esa clase de pensamientos, del mismo modo que quería despejar la niebla de las calles de la ciudad y verla por completo. Rosas ya no estaba, y ellos, los exiliados, podían volver.

Apoyados en la baranda del barco sus compañeros de exilio también trataban de identificar los edificios de la ciudad.

—¿Esa es San Ignacio? —preguntaba una mujer un poco detrás de él.

—No, esa es la cúpula de Santo Domingo —murmuraba el marido con voz quebrada.

—¿Usted piensa que tendrá las balas todavía, doctor? —le preguntó riendo un caballero de galera altísima que estaba a su lado.

Él sonrió. Pensaba lo mismo mientras divisaba la cúpula de la iglesia. Había ido de pequeño a la Iglesia de Santo Domingo con su madre. Caminaban tomados de la mano y mientras él daba saltos le preguntaba si esas balas eran las verdaderas balas de los cañones ingleses, esos mismos in-

gleses que su abuelo había combatido con espada al mando de Santiago de Liniers y que su abuela había espantado con agua hirviendo mientras los insultaba con palabras que decía no recordar.

—Quizá —murmuró a modo de respuesta porque no estaba seguro de nada y temía que Rosas le hubiese sacado uno de los recuerdos más amados de su ciudad. Golpeó con el dedo índice en la baranda del velero para que el pecho no se le estrujara como un papel que ya no servía. Pero era imposible evitar la emoción porque ya notaba a su alrededor que varios caballeros estaban llorando en silencio y sus mujeres los imitaban apoyadas en sus hombros, apretando contra sus vientres a los niños que habían nacido en el extranjero y que no conocían la ciudad de sus padres.

El corazón le saltaba en el pecho como cuando le pedía a su madre que le comprara todos los dulces que veía a su paso cuando volvían de la iglesia. Su madre lo retaba por ser tan impío y querer comer después de misa, pero había estado una hora parado, sin decir una palabra, con el mentón pegado al pecho y él tenía hambre. Unos años más tarde le explicaría a su madre, recién recibido de médico, que su apetito después de misa había sido perfectamente explicable. Su madre lo volvería a llamar impío.

La niebla había comenzado a despejarse aunque el cielo continuaba nublado. Un viento leve fue suficiente para que la ciudad apareciese clara ante ellos. Pero los ojos se le nublaron y tuvo que mirar hacia atrás lanzando un resoplido de angustia. No quería ver la ciudad, ni los cambios, ni los edificios, ni la destrucción que imaginaba que Rosas había dejado en Buenos Aires. No quería saber qué había destruido y qué había dejado. No quería saber que su infancia había sido borrada gracias a los gritos y los puñales de los mazorqueros.

Sus compañeros de viaje empezaron a empujarlo contra la baranda, lanzando gemidos y sollozos por la emoción. Algunos eran emigrados de la primera época, no del año cuarenta como había sido él, sino del treinta, los primeros

que sospecharon de Juan Manuel de Rosas. Ellos eran los más ansiosos por bajar y fueron los primeros en ubicarse en el sector que permitía el descenso a las carretas y botes que los trasladarían a la ciudad.

—¿Bajo primero las maletas, don Diego?

Tardó en responder a Esteban. La angustia lo clavaba en las maderas del piso del velero que unas horas atrás había dejado Montevideo. La ciudad que él amaba ya no existía, como no existía ni su madre, ni su padre, ni sus tíos asesinados por secuaces de Rosas. Miraba al este, a Montevideo, a la ciudad que había sido su casa durante esos diez años, su lugar de padecimiento, el lugar donde había ejercido la medicina con materiales escasos, compitiendo con curanderos y barberos por vendas y extractos de plantas que curaran los estómagos desfallecientes de los habitantes de una ciudad sitiada.

Hacia el oeste, a sus espaldas, tal como estaba Esteban esperando su respuesta, estaba la ciudad de su infancia y su adolescencia, la de sus padres, sus abuelos, sus iglesias, sus tortas fritas, sus alfeñiques, sus profesores de medicina, sus compañeros de fechorías a la hora de robar naranjas. Una ciudad que ya no existía, pero a la que quería regresar con alma y cuerpo. Sin embargo había algo que todavía lo pegaba a las maderas y le mareaba la cabeza.

—¿Don Diego?

—Sí, Esteban...

—Ya están bajando todos...

—Sí...

Él también tenía que bajar, animarse a dar el paso y volver a una ciudad que había sido suya y que ya no era la misma. Debía enfrentar, de hecho, que ya nada de la vida que había tenido allí existía, que había renunciado a su vida en Montevideo y que volver a Buenos Aires era comenzar todo otra vez.

—¿Bajamos don Diego?

—Bajemos, Esteban, no vinimos para quedarnos en el barco, ¿no?

—Claro que no —le sonrió Esteban con sus pocos dientes y su buen ánimo indiscutible.

Siguió a Esteban sin mirar hacia el oeste. Permitted que Esteban y sus baúles bajaran primero, con la vista fija en el bote que los acercaría hasta la orilla. Pensó que no podía dejar el barco sin mirar la ciudad sin nieblas que la cubrieran. La miró con vergüenza, como había mirado en la iglesia de Santo Domingo a la primera muchacha de la que se había enamorado.

Allí estaban las cúpulas de las iglesias, el Fuerte, la casa de Basavilbaso con el escudo de Buenos Aires haciendo de Aduana —el problema de todos los problemas—, algunos tejados conocidos por los que había trepado huyendo de la policía y sí, también estaba ahí, el mirador que no se había atrevido a buscar antes y que lo había obligado a mirar hacia el este. Al menos la casa existía todavía. Al menos el mirador existía...

Sonrió como saludando al mirador en el que había jugado sin permiso tantas veces.

—¡Si no baja, patrón, lo van a empujar!

—¡Ya bajo, ya bajo! —respondió contento y calmado a los que estaban detrás suyo.

—¡Baje o lo bajamos! —le gritó sonriendo una mujer anciana que ya lo había consultado varias veces en el viaje por palpitaciones en el corazón.

Diego rió y bajó por la escalerilla hasta el bote que compartiría con el matrimonio González, buenos vecinos de Montevideo durante muchos años.

El bote se bamboleaba y se sintió mareado al instante de poner los dos pies sobre él.

—Tranquilo, patrón —lo sostuvo Esteban por el brazo cuando casi se cae.

—¡Tranquilo, don Diego, que no tenemos a nadie que lo atienda si se rompe una pierna!

—Esperemos que no pase —dijo él con una sonrisa amable, tendiéndole la mano a la señora a quien el regreso

la rejuvenecía. La ayudó a sentarse en uno de los rincones del bote mientras el hombre bajaba por la escalerilla.

—¿Está preocupado por su casa, don Diego? —preguntó Esteban.

—Mucho.

—Seguro que algo quedó en pie.

—Al menos el mirador está —murmuró Diego. —¿Ves ese mirador, Esteban? Esa era mi casa... es mi casa.

—Lo veo, don Diego. Lo veo.

—Entonces la casa está en pie todavía... —continuó Diego hablándole al mirador.

—Sí, vamos...

El bote comenzó a avanzar y su corazón a latir cada vez más rápido. Nadie hablaba, ni siquiera Esteban a quien había que ordenarle el silencio porque siempre tenía algo que decir, que solía coincidir con lo que Diego pensaba.

La niebla se había disipado pero el cielo seguía nublado y pronto caería una tormenta bastante fuerte. En el aire húmedo volaban los gritos de los conductores de otros botes y carretas que se avisaban de alguna corriente o algún banco de barro formado al azar en ese río que era un rompedero de cabeza para los navegantes.

Diego alzó los ojos para mirar hacia la ciudad. Hacia el Retiro las cosas habían cambiado. El paseo de La Alameda estaba mucho mejor que antes, más árboles y más abierto el terreno con un borde prolijo sobre el río, marcado por columnas y rejas de hierro, desde el cual sería interesante mirar los atardeceres y el nacimiento de la luna llena. Unos bancos de madera servirían para que las señoras y señoritas descansaran de sus paseos mientras los hombres se reunirían para charlar de política. No parecía un lugar desagradable aunque no estaba seguro de querer pasear aparentando que la vida era sencilla y agradable cuando sus heridas aún no habían cerrado.

El agua del río se parecía cada vez más a un barro espeso. Debían prepararse para descender y embarrarse un poco y luego, ¡por fin!, pisar el suelo de Buenos Aires. Miró a

la mujer frente a él. Lagrimeaba en el hombro de su marido, quien apenas podía retener las lágrimas.

—Las cosas que perdimos para salvar una idea... —murmuró el hombre con la voz entrecortada.

Diego presionó los labios para no llorar, pero sabía bien que sus ojos estaban rojos por evitar que las lágrimas cayeran. Sabía que la tristeza de don Ricardo no era por las cosas que se habían perdido sino porque esas cosas no eran cosas, eran personas —hijos, amigos, hermanos, amores— y eran irrecuperables. Volver a la ciudad era darlas por perdidas definitivamente. Los exiliados por Rosas volvían a Buenos Aires a enterrar a sus muertos y llorar por los años perdidos en los países vecinos que los habían asilado.

—Primero habrá que hacer el duelo —le dijo Diego poniendo su voz de médico. —Luego, habrá que imponer esa idea por la que peleamos tanto.

—¿Habrá que imponerla? —preguntó temblorosa la mujer.

—Usted sabe cómo es este país —dijo él con una sonrisa triste. —Nos encanta estar en desacuerdo.

La señora se secó las lágrimas y su marido le besó la frente. El bote se detuvo y fue el momento de descender. La lucha contra el barro les impidió siquiera pensar en la melancolía del regreso a la ciudad. Varios mulatos se les acercaban para ofrecerles sus servicios pero Esteban y el criado de los González los echaron con velocidad, celosos de su trabajo. Dos carreteros se aproximaron para llevarles los baúles, Diego tuvo que elegir a uno entre los dos solo por el aspecto de los hombres. Uno tenía cara amable, otro parecía más limpio, al menos de las rodillas hacia arriba. Como médico, eligió al más limpio, la higiene era una de sus máximas, mientras ayudaba a la mujer a hacer pie sobre una de las tarimas de madera que había en las barrancas del río para ayudar a los pasajeros a llegar a la ciudad.

—Esteban —murmuró Diego sin decidirse a hablar.

—Vaya, don Diego —le dijo el criado leyendo sus pensamientos.

—Pregunta por la casa de los Varela. Calle Defensa, a seis cuadras de la Plaza —le decía por el hombro mientras caminaba rápido entre la gente.

—¡Vaya, don Diego, yo me ocupó! —le gritó riendo Esteban.

Diego dejó a Esteban acomodando los baúles en la carreta junto a la de los González y salió casi corriendo. Llevaba su pequeña maleta de médico en una mano, siempre pegado a ella, para no perder sus instrumentos más preciados además de sus papeles de ingreso al país. Se sostenía la galera con la otra mano para que el viento, que empezaba a soplar húmedo desde el río, no se la llevara. Miró hacia el este, el horizonte prometía una tormenta cuando se disiparon los últimos rastros de niebla que se veían sobre las aguas turbias del río.

Iba por la calle mirando con los ojos de su niñez. La gente que pasaba no lo reconocía y él sentía que los reconocía a todos. Luego se preguntaría si los que se habían quedado eran rosistas o no. Los veía en ese momento como parte de recuerdos amados y perdidos. Los veía con la misma melancolía que lo emborrachaba en las noches de verano montevideanas cuando solo tenía para comer sandías y agua con gusto amargo porque el sitio había hecho desaparecer cualquier otro alimento.

No miró el Fuerte, no tenía ganas de verlo por el momento, no quería pensar en política sino en su infancia perdida y sus años de juventud que todavía le hacían reír. Quería ver las iglesias a las que su madre y su abuela iban a ejercer su devoción todos los días sin falta y no quería que ninguna idea política se le cruzara por la mente en esos momentos. A eso iba, se daba cuenta mientras daba pasos largos sobre el empedrado resbaladizo: a encontrarse con su pasado libre de política y de destierros.

La primera iglesia que vio, luego de pasar por el arco de la Recova lleno de gente que le ofrecía pollos y cuencos de cerámica, fue la de San Francisco. La notó distinta aunque no sabía bien cuál era la diferencia. Era la iglesia de su

abuela y la iglesia donde habían enterrado a su abuelo, en esos años en los que no se usaba el cementerio de los padres recoletos. Eran las once de la mañana según habían anunciado todas las campanadas de las iglesias cercanas y de la catedral, así que varias señoras estarían en misa. Se persignó con solemnidad y siguió su camino.

Santo Domingo apareció como siempre, pálida y majestuosa... y con dos torres. Se quedó paralizado en la vereda mirando la segunda torre. Una de las cosas más divertidas de ir a la iglesia, que para Diego era bastante aburrido, eran las historias que su madre inventaba acerca de por qué Santo Domingo no tenía dos torres como correspondía, sino una sola. Cada día era una historia distinta, y él las adoraba a todas, quizá porque le encantaba ver a su madre inventando historias que hablaban de aguateros que habían visto dos cuadras antes. Ya no existían las historias falsas de su madre, Rosas las había aniquilado con una torre.

—Regresar es perder —murmuró Diego para sí.

Se persignó también al pasar por el edificio. Más tarde iría a rezar por su padre y su madre que estaban enterrados allí como parte de la Tercera Orden de Santo Domingo desde 1840, el año en que habían muerto a causa de la difteria que ambos habían contraído después de un viaje al pueblo de Luján. Iría cuando pudiera aclarar su mente de la suma de emociones que sentía y después de instalarse en la casa en la que había vivido toda su vida hasta que Rosas desató el terror sobre la ciudad.

Las casas estaban distintas. Notó que algunos terrenos habían sido subdivididos y que muchas de las grandes casas que había conocido y en las que había jugado de pequeño subsistían, pero tenían frentes más pequeños y divididos. Algunas permanecían tal como las recordaba, aunque para saber que estaban iguales tenía que ver a las personas que vivían en ellas, sus antiguos vecinos, si es que ellos seguían allí. Diego tenía la impresión de que toda la población de la ciudad de Buenos Aires había sido dispersada por Rosas y que todos estaban volviendo.